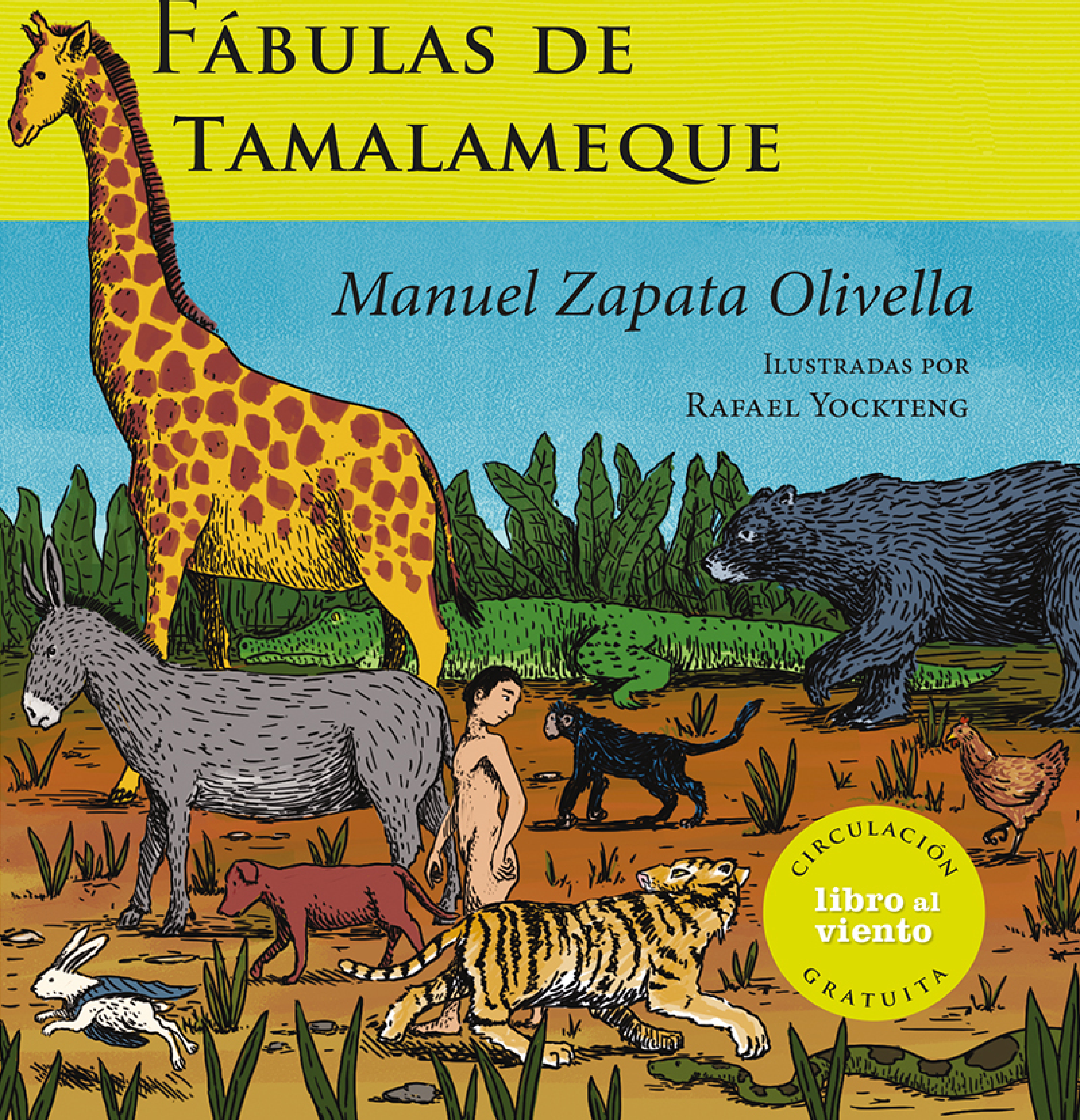
Fábulas de Tamalameque

Manuel Zapata Olivella

Ilustradas por
Rafael Yockteng





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO INICIAL



Fábulas de Tamalameque

Manuel Zapata Olivella

Ilustradas por
Rafael Yockteng





ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá

María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Juliana Restrepo Tirado, Directora General

Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes

Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales

Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera

Marcela Trujillo Quintero, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa,
Yenny Mireya Benavídez Martínez, María Eugenia Montes Zuluaga,
Óscar Javier Gamboa Arévalo, María Camila Jaramillo Laverde,
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, julio de 2019

Antonio García Ángel, Edición

Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación

978-958-5487-68-0, isbn

978-958-5487-69-7, isbn Digital

Unión Temporal Idartes, Impresión

Gerencia de Literatura Idartes

Carrera 8 n.° 15-46

Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @Libro_Al_Viento

Conversión a epub

Manuvo Colombia SAS/ Mákina Editorial
https://makinaeditorial.com/

CONTENIDO

Tía Hormiga condena la pereza
Tío Tigre protesta por el engaño
Abuso de hospitalidad
Los huérfanos claman justicia
Las orejas largas de Tío Conejo
Los arrepentimientos de Tío Burro
Perro hace la defensa del Hombre
El hombre pide la palabra
La prueba de la gran jaula de acero

SOBRE ESTAS FÁBULAS

EN ESTE, nuestro Libro al Viento 140, *Fábulas de Tamalameque* (1990), Manuel Zapata Olivella (1920-2004) cultiva por primera y única vez este género tan antiguo como exigente. Recordemos que las fábulas pueden definirse como breves narraciones en prosa o en verso cuyos personajes por lo general son animales —pero en algunos casos cosas o humanos—, las cuales mediante el uso de la alegoría[1] tienen una intención didáctica o moral, sintetizada en una máxima que puede ir al principio pero suele ir al final, como corolario de lo puesto en escena, conocida con el nombre de *moraleja*.

Zapata Olivella, sin embargo, se diferencia tanto de sus antecesores griegos, Esopo, Fedro y Babrio, como de la tradición europea de los siglos XVII y XVIII, representada por Jean de La Fontaine, Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego, en dos aspectos fundamentales. El primero es que cada fábula se puede leer como un capítulo de una historia más grande, de tal manera que conforman al tiempo una novela para niños: la reunión de todos los animales para concertar la paz entre ellos, un tema muy colombiano que estaba en la agenda nacional para la época en que se escribió este libro. El segundo es la inclusión del lugar geográfico, con especies vegetales y animales de la región de Tamalameque, en el Cesar, así como algunos rasgos de la cultura local.

Este lugar tan concreto como escenario de las fábulas quizá tenga que ver con la búsqueda literaria de Zapata Olivella, pues el autor en títulos anteriores ya había dado protagonismo al lugar donde ocurren los acontecimientos, como es el caso de *En Chimá nace un santo* (1964), situado en un pequeño corregimiento de Córdoba, y *Chambacú, corral de negros* (1967), que ocurre en el barrio aledaño a las murallas de Cartagena. Tamalameque, el lugar donde se reúnen los animales para Asamblea de la

Paz, está presente en toda la narración, de tal manera que hay árboles como el guayacán y el repertorio zoológico se amplía a la guartinaja, el cocuyo, el bocachico, el bagre, la garza, el sábalo, el moncholo, la mojarra, la babilla, el chavarrí, la marimonda, el gurullón y hasta una lagartija que trata de embaucar a unos turistas extranjeros vendiéndoles un coco de agua como piedra preciosa. Son fábulas con intenso sabor Caribe.

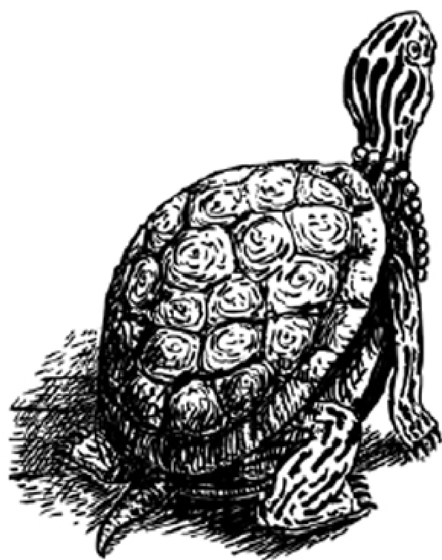
Que sea esta la oportunidad de acercarnos a la faceta de fabulista del gran autor de *Changó, el gran putas* (1983), con motivo del centenario de su nacimiento en 2020.

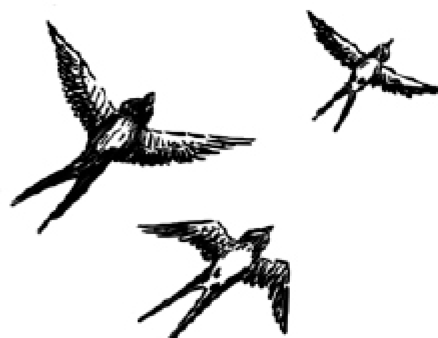
Antonio García Ángel

---

1 Del griego *allegorein* «hablar figuradamente», encontrar imágenes para representar ideas: la alegoría en las fábulas se aplica en que la zorra simboliza la astucia, el burro —también llamado pollino, asno— la ignorancia o estupidez, el león la fuerza y el topo la ceguera, pero más como la idea de ser incapaz de reconocer la realidad que como limitación de los sentidos.

Fábulas de Tamalameque





LOS ANIMALES HABLAN DE PAZ

TÍO CONEJO y otros amigos, preocupados porque Tío Tigre mataba a cuanto animal podía, decidieron acabar con sus crímenes. Convocaron a una reunión a la media noche en casa de Tía Lechuza. A la hora fijada, el primero en llegar fue Conejo. Golpeó tres veces la puerta, según lo convenido:

—¡Tac! ¡Tac! ¡Tac!

—¿Quién es? –preguntó Zorra.

—Yo, Conejo.

Con grandes preocupaciones Tía Lechuza abrió la puerta, temerosa de que el enemigo pudiera estar rondando su casa. En la misma forma, tapándose la cara con el sombrero para no ser reconocidos, fueron llegando los demás convidados, aquellos que eran más perseguidos por Tío Tigre. Allí estaban Tía Vaca, Tío Perro, Tía Zorra, Tía Paloma, Tío Puma, Tío Venado y Tía Danta. En voz baja discutían sobre la mejor forma de acabar con el enemigo de todos, cuando alguien más, que no esperaban, tocó a la puerta tres veces. Los animales se miraron entre sí sorprendidos y se preguntaron atemorizados quién podría ser. Lechuza se acercó a la puerta con sus ojos grandes y preguntó desconfiada:

—¿Quién es?

—Yo, ¡Tigre!

—¡Tigre! —gritaron todos en coro, temblorosos.

Vaca se escondió detrás de la puerta de la cocina; Lechuza y Paloma volaron a lo más alto del techo; Danta se armó con la tranca; Venado comenzó a dar saltos sin poder escapar por la ventana; Perro, con el rabo entre las piernas, se metió bajo la mesa, y Conejo, que había sido el promotor de la reunión, a toda prisa se ocultó en la olla de cocinar,

cubriéndose con la tapa. La única que se quedó tranquila en su puesto fue Zorra, que preguntó a Tigre:

—¿Qué quiere?

Tigre puso la voz lo más delgada que pudo y respondió:

—Estoy interesado también en la paz.

—¡Traición! ¡Traición! —comentaron en voz baja los invitados—, alguno de nosotros informó a Tigre de nuestros planes.



Conejo, al ver que Zorra no se había asustado, saltó de la olla y le olió las manos.

—Huelen a Tigre. ¡Tú has sido la traidora!

—Te equivocas, Conejo, ¡apenas lo saludé al pasar por su casa!

Sin esperar a que le abrieran la puerta, Tigre la derribó de un zarpazo y rugió atronadoramente:

—¿Qué discuten para que no me hubieran invitado?

Paloma respondió con gran timidez:

—La paz.

Tío Tigre soltó una carcajada escandalosa.

Al escucharlo, Lechuza, desde lo alto, le gritó:

—Tigre no quiere la paz porque vive de la guerra. Escandalizado, escondiendo las uñas, este replicó:

—¡Esa es una calumnia!

Conejo, levantando la tapa de la olla, le dijo:

—¿Estarías de acuerdo en que convoquemos una asamblea de todos los animales para que acordemos la paz?

Pensando en el gran banquete que se daría teniendo reunidos a todos los animales y al alcance de sus zarpas, relamiéndose los bigotes, Tigre respondió:

—¡Claro! ¡Yo seré el Presidente!

—¡Y yo tu secretaria! —gritó Tía Zorra.

Conejo, todavía asustado por la inesperada presencia de Tigre, le propuso:

—Bien, pero antes pactemos una tregua de paz —y sin dar tiempo a que Tigre u otro de los animales presentes le tomaran la delantera, agregó:

—Yo me encargo de reunirla.

—¡De acuerdo! —gritaron todos y así quedó concertada entre los animales una tregua para convocar la gran Asamblea de la Paz.

LOS GRANDES PREPARATIVOS

TÍO CONEJO comisionó al ingeniero Comején para que escogiera el lugar para realizar la Asamblea. Sin perder tiempo, este despachó su ejército de operarias que se dispersaron por todo el país. No hubo sierras que no escalaran, ríos que no atravesaran, ni valles que no recorrieran. Después de una inspección general y minuciosa, estudiando con Tía Rana, la astrónoma, y Tía Lombriz de Tierra, la geóloga, decidieron designar a Tamalameque como la población ideal, en las hermosas llanuras de Colombia, cerca del mar y del río Magdalena, en tal forma que podrían llegar a ella tanto los animales de tierra y aire como los peces de mar y de río.

—Tú eres un gran ingeniero —dijo Conejo a Comején, dándole golpecitos en la espalda.

—Te toca a ti el turno, Pájaro Carpintero, para que construyas el gran coliseo donde se congreguen todos los animales.

Tío Pájaro Carpintero reunió a sus ayudantes: Pez Sierra para serruchar, Tía Hormiga para acarrear, Tía Araña para tender los alambres, Tío Cucarachero para recoger la basura, Tío Pez Martillo para clavar, y así sucesivamente. Pronto el albañil Escarabajo, llamado por apodo «Cucarrón», y sus ayudantes prepararon la mezcla, Tío Cigarrón taladró las ventanas, Tío Caimán forró los asientos de cuero, Tía Araña instaló los alambres eléctricos, Tía Luciérnaga y Tío Cocuyo colocaron las bombillas y reflectores, Tía Chicharra instaló los altoparlantes, y así todos los obreros realizaban las instrucciones de Comején.

Conejo se paseaba por entre la construcción, comprobando con regocijo la buena marcha de la obra. Sin embargo, con gran sorpresa, advirtió que por ninguna parte se veía una jaula de acero que había pedido a Danta, la forjadora.

—¿Para qué quieres una jaula de acero? —preguntó Danta.

—No te alarmes, esa jaula será para probar la potencia del más fuerte.

Rascándose la cabeza, segura de que alguna astucia preparaba, le respondió maliciosa:

—Tú siempre con tus ingenios, Conejo.

LOS MENSAJEROS POR AIRE, MAR Y TIERRA

TÍO CONEJO nombró a los mensajeros que anunciarían por los cuatro vientos la gran Asamblea de los animales para acordar la paz. Así dijo, uno a uno, a los mensajeros:

—Tú, Mosca, que te metes en todas partes, anuncia a los insectos.

La mosca, zumbando, inició una serie de círculos y círculos hasta desaparecer.

—Tú, Gallinazo, que andas por la ciudad y los campos, avisa a todos los pájaros.

El Gallinazo abrió las alas y tras de contar diez pasos sobre la tierra tomó impulso y emprendió el vuelo por los aires.

—Tú, Golondrina, que visitas a todos los países del mundo, invita a los delegados extranjeros.

Una bandada de alas ensombreció el sol cuando todas las golondrinas juntas, dando giros y giros desaparecieron por el horizonte.

Al terminar las órdenes a los mensajeros del aire, Conejo se dirigió a los voluntarios que llevarían la noticia a los confines de la tierra:

—Corre veloz, Venado, y avisa por los valles. No bien Venado recibió la orden, cuando se perdió en el polvo que levantaron sus veloces cascos.

—Caballo, lleva tú la noticia al Hombre y a los demás animales de la ciudad.

Repetidas veces Caballo sacudió la crin y la cola para galopar a toda carrera rumbo a las ciudades.

—Oso Gris, amigo de las montañas, sube a las cordilleras y comunica la noticia allá arriba.

Conejo se acercó a la orilla del mar, donde desembocaba el río y dijo a los peces allí reunidos:

—Bocachico, sube la corriente y riega la noticia a todo lo largo del río, en sus afluentes en las lagunas y en las cabeceras.

Enfrentándose a la corriente con sus poderosas aletas, Bocachico nadó afanoso río arriba.

—Pez Volador, recorre los mares y comunica a sus habitantes que vengan a la gran Asamblea de la Paz.

Saltando sobre las aguas, el Pez Volador voló y voló sobre la inmensidad del océano con la buena noticia. Luego Conejo dirigió a Tío Sapo:



—Tú, que eres buen nadador y gran caminante, visita a los que viven en cuevas bajo el agua y comunícales que los esperamos en la próxima luna llena, aquí en Tamalameque, donde se hará la reunión.

Y con aquellos mensajeros, Tío Conejo estuvo seguro de que no faltaría ninguno de los invitados.

TAMALAMEQUE, CIUDAD COSMOPOLITA

EN VÍSPERAS de instalarse la gran Asamblea, Tamalameque fue invadida por una gran muchedumbre que irrumpió en casas, avenidas, parques, hoteles y demás sitios. Se veían los trajes más raros del mundo; por todas partes se hablaban idiomas extraños y reinaba gran confusión.

Realmente el pueblecito tranquilo se convirtió en una gran ciudad modernísima como jamás pensó el ingeniero Comején. Muchos invitados, deseosos de vivir como en sus respectivas ciudades, construyeron sus casas de acuerdo con sus propias costumbres.

Había tres clases de habitaciones: las terrestres, las submarinas y las aéreas. Las aves y los insectos voladores vivían por lo alto, en los árboles y techos de las casas.

Tía Oropéndola guindó su nido de las ramas más elevadas de un árbol; Tía Golondrina construyó su cuarto en el alar de una casa; Tío Pavo, Tía Gallina y Tía Guacharaca en los caballetes. A nivel de tierra habitaban Tío Escarabajo, Tía Culebra, Tío Perro y Tío Gato, separados por una alambrada. Otros gustaban vivir en cuevas: Hormiga, la acarreadora; Lombriz, la descamisada; Tío Armadillo, el sastre; y, desde luego, la mejor de todas las mansiones era la del ingeniero Comején.

En el río Magdalena, unos vivían en la orilla y otros en mitad de la corriente. Tía Garza, la zancuda, aun cuando sabía que estaba prohibido pescar, se quedó en la orilla dispuesta a pillar el primer pez que pasara; Tío Cangrejo construyó su casa con dos puertas, una para cuando venía retrocediendo y otra para cuando llegaba de frente; Tía Tortuga, la dormilona, mantenía la ventana cerrada y Sapo, que gustaba de cantar, se pasaba haciendo gárgaras de agua. En plena corriente, Caimán brincaba y daba coletazos. Lo acompañaban en este juego Tío Sábalo y otros peces que habían venido del mar; Tío Delfín, el saltarín, y Tiburón, el sanguinario. Tío

Bagre, que siempre vivía en el río, no se cansaba de estirar sus largos bigotes contemplando a los invitados que no conocía. Para que no se dijera menos de él, Pez Sierra serruchaba a cuanto árbol bajaba flotando en el río.

Los peces pequeños, atemorizados de tanto alboroto, se mantenían en la orilla o bien profundo bajo el agua. Tía Mojarra llamó a sus hijos para que vieran tantas maravillas y junto a los pequeños de Tía Agujeta y a los de Tío Moncholo, poco amigos de las fiestas, salieron con sus ojos abultados para mirar a los delegados extranjeros, cuyos vestidos y costumbres constituían la atracción de todos.

Tía Ballena causa temor

Tío Guarcipolo y Tío Martín Pescador, a la orilla del río, comprobaron con asombro que la corriente retrocedía en una ola gigantesca y comenzaron a gritar:

—¡Peligro! ¡Peligro!

Los que pudieron saltaron a tierra, huyendo de la ola que venía inundándolo todo.

—¡Cataclismo! —gritó Tío Róbalo.

—¡El fin del mundo! —alborotó Rana.

—¡Salgan todos del agua! —aconsejó Sapo alejándose a grandes saltos de la barranca. No pudieron imitarlo Tía Raya y Tía Sardinita que no podían saltar a tierra. Para entonces llegó volando Gallinazo que tenía buena vista y aclaró:

—¡Llega Tía Ballena, Reina de los Mares! Muchos peces del río que jamás habían oído hablar de ella no comprendían por qué pudo hacer retroceder la corriente. Chorlito, vestido con un capote de tormenta y conocedor de los mares, explicó a los que huían:



—No corran, no hay peligro, Ballena ya entró en la piscina que le construyó Comején.

Efectivamente, el agua, desbordada por la enorme Ballena al entrar al cauce del río, regresó de nuevo a su nivel. No obstante, muchos animales se ahogaron, cosa que entristeció a la reina Ballena que llegaba en calidad de invitada. Pasado el susto, los curiosos se congregaron en torno a la gigantesca piscina construida especialmente para ella. Tío Grillo, valido de sus largas patas dio un salto desde la orilla y fue a parar en el lomo de la gigante. No tardaron en imitarlo Tío Azulejo, Tía Mariposa y otros que corrían sobre su lomo como si caminaran en un gran trasatlántico. Tío Colibrí, más discreto y temeroso, no quiso pararse sobre ella y volaba en torno, observándola desde la cola hasta la cabeza. Como podía sostenerse en el aire a voluntad, se posó en el espacio para preguntarle:

—¿Para qué te sirven esas barbas que tienes en la boca?

Ballena le respondió:

—Es una atarraya para pescar sardinas.

Volvió a preguntar Colibrí:

—¿Para qué te sirve esa cola tan grande y transversal?

—Para nadar y aplastar a mis enemigos.

—¿Para qué te sirve ese hoyo en mitad de la cabeza?

—Para respirar —respondió Ballena, soltando un chorro de agua tan fuerte que bañó a Tío Colibrí y a los animales que andaban en su lomo, arrojándolos a la Piscina. Delfín y Bagre recogieron a Colibrí y a los que no sabían nadar para sacarlos sanos y salvos. Martín Pescador, que no había querido imitar a Colibrí, revoloteando sobre los mojados, se moría de la risa. En vista del incidente, Conejo ordenó a Tía Araña que pusiera una alambrada en torno a la piscina para que los curiosos no se acercaran tanto.

EL DESARME DE LOS VIOLENTOS

ATENTO AL COMPROMISO pactado entre todos los animales de no hacerse la guerra mientras acordaran la paz, Tío Conejo nombró la Comisión Conciliadora, designando de Presidenta a Tía Paloma, y para que nadie se burlara de su debilidad, le señaló por compañía a tres guardianes poderosos: Tío Elefante, cuyo potente lomo mantendría a raya al más peleador de los animales terrestres; para imponer respeto a los habitantes de los mares, lagos y grandes ríos, llamó a Tía Ballena, y finalmente, como garantía contra las aves de rapiña, tanto las que cazan de noche como las que lo hacen de día, Conejo hizo bajar a Tío Cóndor de los altos Andes para que con su afilado pico y largas alas protegiera a la pequeña Paloma, representante de la paz.

Así constituida la Comisión Conciliadora, se apostaron en las tres grandes entradas de Tamalameque para desarmar a los animales violentos que iban llegando a la Asamblea. Tío Elefante en la Aduana Terrestre reclamó:

A Tío León que le entregara las garras.

A Tío Toro que se arrancara los cuernos.

A Tía Culebra que depositara su veneno.

A Tío Rinoceronte que le entregara el sable que tenía en su nariz.

A Tío Alacrán le pidió su ponzoña.

A Tía Gallina le cortó el pico.

A Tío Lobo que se sacara los colmillos.

A Tía Cebra le quitó los cascos para que no pateara.

Y al Hombre, que se presentó desnudo fingiéndose el más manso de los animales, le pidió que dejara la caja de fósforos que llevaba en la mochila para impedirle que usara el fuego, más destructivo que sus mandíbulas y que sus manos.

Mientras tanto, Tía Ballena en la Aduana Marítima estuvo vigilante de que ningún pez de mar o de río introdujera sus armas de contrabando a la Asamblea. Así, pues, a todos los que llegaban por agua les desarmaba:

A Tío Tiburón le quitó los dientes.

A Tío Pulpo la bolsa de tinta con que cegaba a sus enemigos.

A Tía Morsa los largos colmillos.

A Tía Anguila las pilas eléctricas que guardaba en su cuerpo.

A Pez Sierra su serrucho.

Y vigilante con sus alas abiertas, Tío Cóndor, a las puertas del aeropuerto controlaba a las aves voladoras:

A Tío Gallo le quitó las espuelas.

A Tío Gavilán las garras.

A Tía Cigüeña le recortó el pico.

A Tío Chavarrí las espuelas que traía escondidas bajo el ala.

A Tío Mosquito le desarmó el aguijón.

Y Tía Hormiga, que quiso pasarse sin ser vista por entre las patas del Elefante, fue sorprendida por Tía Paloma, quien aprisionándola con el pico le preguntó:

—¿Y usted, comadre, a dónde va tan callada?

Poniendo las manos en alto, Tía Hormiga le respondió:

—Yo no porto armas.

A lo que respondió Paloma:

—De aquí no pasa si no me deja su paciencia, un arma invisible pero poderosa.

Todo animal tiene sus armas de ataque y de defensa.

BANDERAS Y SALTIMBANQUIS

A MEDIDA que se acercaba la noche de luna llena, fecha indicada para la instalación de la Asamblea, crecía el bullicio y aumentaba el número de visitantes en Tamalameque. La Plaza Mayor se inundó de vendedores, saltarines, payasos, policías, turistas, cantantes, titiriteros, gitanos, pordioseros, bailarines y animales de todos los oficios y costumbres. Tía Marimonda, engalanada con pollera roja y sombrero azul, bailaba en una cuerda a más de doscientos metros de altura, extendida de un extremo a otro de la plaza. Sus piruetas hacían reír al público que aplaudía entusiasmado y arrojaba monedas a los sombreros que les ofrecían sus hijas. Tío Papagayo, en una tribuna, repetía de memoria discursos aprendidos del Hombre. Su elocuencia y su casaca de vivos colores, rojo y amarillo, lo mostraban como a un orador de talento. Tío Gurullón Soldado, burlándose de él, comentaba:



—¡Repite lo que no sabe!

Un grupo de turistas seguía a Cucarachero, quien, por ser conocedor de todos los rincones e historias de Tamalameque, hacía de guía. Les contaba:

—Aquí, en esta plazoleta, aterrizó la primera langosta que llegó del África.

Tía Cigüeña, uno de los invitados venidos de Europa, tomaba fotos del lugar. Vestía como turista de los pies a la cabeza: binóculo al cuello, radio transistor al hombro, pantaloncitos a la rodilla y sombrero de jipijapa comprado en la tienda de Oropéndola, la tejedora. Otros delegados seguían a Cucarachero, que no se cansaba de alabar:

—He aquí el Gran Coliseo construido por Tío Comején.

Tío Hipopótamo contemplaba la grandiosa obra de ingeniería, subiéndose a cada instante sus calzones de colgantes que le dejaban al desnudo sus anchas y arrugadas espaldas. Tía Jirafa llevaba enrollada al cuello, a manera de corbata, a Tía Cobra. Maravilla de chicuelos era Tía Canguro, con sus dos hijitos asomados a la bolsa que tenía en su vientre.

—¿Y ustedes por qué no saltan de allí? —les preguntaron los polluelos de Tía Cigüeña.

—¿Para qué —respondieron despreocupados— si desde este balcón apreciamos mejor cuanto sucede?

NO HAY PEOR CIEGO QUE QUIEN NO QUIERE VER

TÍO AVESTRUZ y su señora, apasionados coleccionadores de recuerdos, en cuanto veían un artículo típico de Tamalameque, preguntaban:

—¿Cuánto vale?

Conocedora de su gusto, Tía Lagartija iba detrás ofreciéndoles mil chucherías.

—Esta semilla de aguacate sirve para marcar la ropa.

—Deme una —respondió Dona Avestruz y de un solo trago la guardó en su buche.

Sin otra cosa extraña qué venderle, Lagartija llegó hasta a ofrecerle un coco de agua.

—Parece un huevo mío —exclamó extrañada Doña Avestruz.

—Parece, pero no lo es —replicó Lagartija—. Es una perla de los mares tropicales.

—¿Una perla? ¿Y cuánto vale?

—Mil pesos —dijo con fingida indiferencia la embaucadora Lagartija.

Advertido del abuso que hacían de los turistas, Gallinazo, a quien de policía sanitario lo habían ascendido a guardián público, intervino queriendo impedir aquel chantaje.

—No se deje engatusar de esa mentirosa —dijo a don Tío Avestruz. Esto es una nuez y no una perla.

—¡Una nuez! ¡Pago los mil pesos gustoso, pues jamás he visto en África otra igual!

Y sin que pudiera evitarlo, Gallinazo vio cómo se verificaba ante su propio pico aquel engaño.

Luego, dijo a los que lo rodeaban a manera de enseñanza:

—No hay peor ciego que quien no quiere ver.

LAS OSAS DANZARINAS Y LA CENSURA

LA SEÑORA OSA GRIS no sólo era buena bailarina, sino que enseñó a sus hijas el difícil arte de la danza. Al lado de los titiriteros levantaron una carpa y en ella hacían toda clase de acrobacias y bailes; danzaban sobre una pelota gigante; saltaban al bolillo y, la mayor atracción del repertorio, caminaban en las manos. Contenta estaba Osa Gris de su negocio, cuando llegó Gallinazo acompañado de varios alguaciles. La llamaron aparte y le informaron:

—Tiene que suspender el número de las caminatas en las manos.

—¿Por qué, si ese es el mejor espectáculo del programa?

—Lo sé —respondió Gallinazo—, pero cuando tú y tus hijas caminan con las manos, las faldas se les caen y muestran sus piernas.



—Pero nuestras piernas son muy hermosas y el público las quiere ver.

No lo pongo en duda, pero el señor Censor Mayor, Tío Caimán, excesivamente recatado, lo ha prohibido.

—Caimán es un señor hipócrita porque él es uno de los que más se complace con ese número.

Pese a sus protestas, Osa Gris y sus hijas tuvieron que suspender las caminatas en las manos y, desde luego, disminuyeron notablemente las entradas.

Los monos parlanchines

Vestidos de Hombre, sólo para ridiculizar a este presumido señor, los micos Titilito, Marimonda y Cariblanca instalaron un entarimado en donde hacían toda clase de payasadas riéndose del Hombre. Y para mayor burla, contrataron a Tío Loro y a Tía Cotorra para que, escondidos detrás de bastidores, hablaran como aquel. Gritaban: ¡EI hombre es un mono feo que no tiene rabo!

El público se aglomeraba en torno a la tarima riendo de sus mímicas con las que ridiculizaban al Hombre, que se creía el «Rey de la creación». Precisamente estaban en aquella farsa cuando se presentó el Hombre en persona. Titilito y Marimonda no sabían cómo avisar a Loro y Cotorra que suspendieran sus habladurías. Indignado porque se burlaran de él de aquella manera, el Hombre saltó a la tarima y alcanzó a agarrar a Titilito por el cuello, mientras Marimonda y Cariblanca lograron escapar por las cuerdas. A pesar de esto, continuaba hablando porque Loro y Cotorra detrás de bastidores, sin saber lo que pasaba a sus socios ni lo que decían, alborotaban con sus gritos:

—¡El Hombre es un mono feo que no tiene rabo!

El público reventó de risa y el Hombre se alejó sin saber cómo Titilito, el mono, podía hablar aunque le apretara la garganta.

No acalles por la fuerza las críticas que te hagan, sino acepta y corrige tus errores.

El cangrejo que se saca el ojo

Zorro, conocedor de artimañas, aprovechó la gran concentración de público para hacer trucos de prestidigitador. Vestía de traje negro y guantes blancos; un corbatín bien tieso y un sombrero de cubilete, con el que hacía maravillas en cuanto lo tocaba con una varita mágica que poseía.

—Miren ustedes el sombrero. Está vacío. ¡Pueden examinarlo!

Subieron a la escena los espectadores más desconfiados: Perro, gran descubridor de huellas; Tío Lince, que miraba a distancia como si tuviera un telescopio, y Tía Águila, a cuya vista nada se escondía. Mientras examinaban el sombrero, Zorro, indiferente y confiado, fumaba una larga pipa.

Después de que los examinadores dijeron que el sombrero estaba realmente vacío, el prestidigitador, tocándolo con su varita mágica, comenzó a sacar de él las cosas más inesperadas: banderas, paraguas, conejos, botellas y naranjas. El público aplaudía entusiasmado cuando Tío Cangrejo, que se encontraba entre los espectadores, gritó:

—¡A que Tío Zorro no puede hacer lo que yo hago!

Al oír su reto, el público lo aclamó ansioso:

—¡Que suba Tío Cangrejo al escenario!

Con sus seis patas y sus dos enormes muelas Cangrejo caminó en la platea sin que nadie supiera si realmente avanzaba o retrocedía. Finalmente trepó al escenario y ante el asombro de todos, con gran facilidad, se sacó el ojo izquierdo y se lo colocó nuevamente en su lugar. Luego dijo a Zorro:

—Si realmente eres tan brujo como dices sácate tu ojo como lo hago yo.

Mientras los aplausos atronaban el teatro, Zorro, malicioso, se acercó a Cangrejo y aun cuando este no dejaba de moverse caminando de medio

lado, y de adelante para atrás, pudo observarlo detenidamente. Al fin Zorro le dijo complacido:

—Bien, ya hemos visto que Tío Cangrejo es prodigioso para sacarse y meterse el ojo izquierdo. Ahora que pruebe hacer lo mismo con el ojo derecho.

Cangrejo cambió de colores, se tapaba la cara y finalmente, avergonzado, escapó por detrás de los bastidores, mientras le daban una rechifla general. Entonces Zorro explicó al público:

—Tío Cangrejo es tuerto y tiene el ojo izquierdo de vidrio. Por eso puede sacárselo y ponérselo a voluntad. Pero no así el derecho.

Todos los espectadores de pie aclamaron a Zorro como el más astuto de los prestidigitadores.

No muestres a otros tus defectos: ¡corrígelos!

Los músicos de Tío Grillo

Para amenizar la instalación de la Asamblea, Tío Grillo organizó una banda de músicos. Sapo tocaba el trombón; Pato Cucharo, las claves· Tío Gallo, el clarinete; Tío Burro, la trompeta; Tío Ruiseñor, la flauta; Mosquito, el violín; Tío Caracol, el cuerno; Danta, el bombo; Tía Chicharra, los platillos; Tío Ganso, el bajo; Tío Chivo, los tambores, y Tío Turpial cantaba. A pocos días de la instalación, Grillo se esforzaba en dirigir a sus músicos. Desde por la mañana se le oía:

—Prueba tú, Gallo.

—¡Cocoroyooooo!

Burro alzaba las orejas para rebuznar:

—¡Ji-Já! ¡Ji-Já! ¡Ji-Já!

Sapo croaba:

—¡Cro! ¡Cro! ¡Cro!

Chivo, erguido en dos patas, se alisaba la barba y orgulloso decía:



—¡Be! ¡Bee! ¡Beee! ¡Beeee!

Sin dejar de mover la batuta, Grillo les corregía las falsas notas y sus malas costumbres:

—¡Tío Mosquito, no pellizques!

A Chancho le gustaba andar enlodado:

—¡Vete a bañar!

A Chivo, que se encaramaba en todas partes:

—Bájate de los tambores.

Y cuando todos se iban, Grillo cantaba a solas:

—¡Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si!

Para que luzcas tus bondades corrige tus vicios.

GOLPES PROHIBITIVOS

EN UNA PLAZOLETA el público se había congregado en torno a una gallera que había instalado Tía Guacharaca. A la entrada, gritaba escandalosamente su dueña:

—Gran pelea por el campeonato de riña entre los gallos: Kid Espuelas contra Pico de Oro.

En el interior, el público incitaba a los combatientes, que sangraban:

—¡Dale un espolazo con la izquierda, Kid!

—¡No te dejes, Pico de Oro! ¡Arráncale la cresta de un picotazo!

Formaban tal algarabía, que el Inspector Perro se acercó a enterarse de lo que sucedía. Guacharaca, la empresaria, le dijo asustada:

—Aquí no sucede nada.

Desconfiado, el Inspector Perro se ajustó el quepis, lustró la placa de agente de seguridad que llevaba en el pecho, y dando golpecitos con su bolillo, penetró por la puerta. Guacharaca, adivinando lo que ocurriría, tomó todo el dinero de la taquilla y se escapó a toda carrera. Mientras tanto, Perro suspendía la pelea y ponía esposas a los boxeadores.



—¡Los multaré por violar la tregua!

Kid Espuelas, muy despreocupadamente, le respondió:

—Hablemos con Tía Guacharaca, la empresaria; ella pagará la multa.

El público se indignó por la suspensión de la pelea y tiró sillas rotas al Inspector Perro, haciéndole un chichón en la cabeza. Por eso, cuando este se enteró de que Guacharaca se había escapado con todo el dinero, encerró en la cárcel a los boxeadores, diciéndoles:

—Que les sirva de experiencia y no violen la ley confiados en que tienen buenos padrinos.

Atente a tus virtudes y no a las ajenas.

El gran caparazón de tortuga

El Ingeniero Comején, después de estudiar el estilo de los más famosos arquitectos, construyó un gran coliseo con la forma de un caparazón de tortuga. Contemplándolo, Tía Jicotea se ponía orgullosa diciéndoles a los amigos:

—Miren ustedes, se parece mucho a un tío que tengo en las Islas Galápagos.



Se podía entrar al coliseo por ambos extremos. La puerta delantera, la principal, estaba reservada para los delegados de honor colombianos y de otros países. La puerta de atrás, que conducía a las galerías, se reservaba al público en general. Un canal, que desembocaba en una pequeña piscina, permitía que los peces asistieran a las deliberaciones. En su alrededor, Luciérnaga, Cocuyo y Tío Gusano Luminoso con sus ejércitos de soldados, todos con los reflectores encendidos, producían tanta luz como un incendio. Los pájaros revoloteaban; los animales veloces tenían una pista para correr. Los que llegaban de países fríos disponían de palcos con aire acondicionado. Pese a todas las previsiones del Ingeniero Comején, el día de la inauguración ocurrieron algunos sucesos que lo llenaron de vergüenza. Como no fue notificado oportunamente de que vendrían ciertos invitados, construyó la puerta principal tan pequeña que el príncipe de la discreción, Tío Elefante, no pudo entrar. A Conejo se le ocurrió que Cangrejo le prestara su ojo movedizo y lo colocó en la punta de la nariz de Elefante. Esta ingeniosa idea le permitía mirar desde afuera cuanto sucedía en el interior, con solo introducir su larga trompa.

La inteligencia supera las diferencias.

El palco elevado de Tía Jirafa

Jirafa debió entrar de rodillas, hecho que la ruborizó mucho, pues siempre andaba muy digna. Lo grave fue que con su largo cuello estorbaba la vista de los que estaban sentados detrás de ella, que le gritaban indignados:

—¡Señora Jirafa, agáchese un poco!

Y ella, por más complaciente y educada que quería ser, siempre impedía mirar a los de atrás. Se le ocurrió entonces a Tío Comején solicitarle a Pájaro Carpintero que abriera una ventana en la pared del coliseo, de tal manera que Tía Jirafa pudo introducir su largo cuello y participar en las deliberaciones sin estorbar a nadie.

Tía Ballena escucha desde su piscina

El mayor problema de ingeniería lo planteó la reina Ballena, pues su cuerpo era casi tan grande como el coliseo en forma de tortuga. Para ella, Comején debió instalar un micrófono de tal manera que pudiera hablar desde su piscina. Chicharra prestó sus altoparlantes para que le trasmitieran los discursos de los delegados y así, en permanente contacto con la mesa directiva, pudo, a control remoto, participar en todas las deliberaciones.



Las acusaciones al hombre

De todos los invitados, el Hombre era el peor visto. Hubo discusiones interminables en una reunión preparatoria para acordar si se le invitaba o no. Tío Bagre protestó:

—Es el enemigo público número uno de todos los peces. Envenena los ríos con barbasco y otros tóxicos que no sólo matan a los peces adultos sino a los pequeños. A ese criminal que no se compadece de los niños no puede invitársele.

Tía Vaca puso la siguiente queja:

—A mí me roba la leche todos los días y deja a mis hijos hambrientos.

Caballo mostró unas horribles cicatrices en la barriga y en la boca:

—Me punza con espuelas de acero y me hiere la lengua y los labios con frenos. Y no contento con ello se me encarama.

Burro rebuznó indignado:

—Sin consideración a mis fuerzas, me hace llevar cargas más pesadas que mi propio cuerpo.

Mosquito tomó la vocería de los insectos y protestó:

—Ha inventado unos gases asfixiantes que están a punto de acabar con todos los insectos. Voto para que no se le permita entrar a la Asamblea.

Y en igual forma, casi todos los animales tenían algo que protestar contra el Hombre.

Finalmente, Perro pidió la palabra:

—No voy a hacerles un discurso, pero si no invitamos al Hombre, muy pocas posibilidades tiene la Asamblea de reunirse. ¿Quién nos asegura que mientras estemos congregados no incendie el bosque?

Se oyó una protesta unánime de todos los delegados que silbaban y gritaban:

—Tío Perro es un traidor. ¡Se ha vendido al Hombre!

Los insectos se solidarizaron con los peces y exigían:

—¡Queremos que se prohíban las armas de destrucción total que usa el Hombre!

Entonces se abrió paso Tía Iguana y con llanto en los ojos se dirigió a los presentes:



—Yo también acuso al Hombre porque sin piedad me raja la barriga para sacarme los huevos, los amarra por la cintura, los cocina, les echa sal y los pone al sol antes de comérselos. Por esa cruel-dad somos pocas las iguanas que nos arrastramos por este mundo.

Oyendo el lamento de su prima, la Tía Boa, que se estaba durmiendo, se desenroscó todo lo que pudo y con los ojos todavía a medio cerrar por el sueño, protestó:

—El Hombre ha jurado guerra a muerte a todas las culebras y nos ataca por igual a las venenosas y a las mansas como yo, aunque bastante le sirvo limpiándole sus cultivos de cucarachas, ratones y otras sabandijas. Y todo porque se le ha metido en la cabeza que las serpientes somos la encarnación del Demonio. Si me preguntaran dónde anida Satanás, respondería que en el cuerpo del Hombre.

—Acuso al Hombre, que de día y de noche con escopeta, con flechas y chuzos está acabando con nosotras las babillas y los caimanes, sólo por el capricho de imaginarse que nuestra piel es mucho más hermosa que la de él y anda haciéndose con ella zapatos, abrigos, sombreros y carteras.

Conejo, que presidía la reunión preparatoria, después de hacerlos callar, preguntó:

—Señores: ¿esta es una Asamblea de animales o no?

Todos contestaron que sí y Conejo, sentenciosamente, decidió:

—¡Invitemos, pues, a Tío Hombre!

El hombre es el más cruel de los animales.

TÍA PULGA SE INCOMODA CON EL CALOR

A LOS POCOS MINUTOS de haber entrado al coliseo, Tía Pulga protestaba:

—¡Aquí hace mucho calor! Debieron hacer la reunión en Bogotá. Conejo le pidió excusas:

—Tamalameque tiene sus molestias, Tía Pulga, pero para todo hay un remedio. La dejaremos entrar a los palcos de animales de tierra fría.

—Allí junto a Tía Foca y a Tía Morsa. ¿No le parece buena compañía?

Pulga se removió inquieta sin saber qué responder, pero al fin dijo a Conejo en voz baja:

—Tiene el pellejo duro. Ya he probado y no he podido meterles el diente. Me moriría de hambre sin poderles sacar una gota de sangre.

Conejo le aconsejó:

—Pero allí también está Oso Polar, que tiene la piel blanda.

—Ya le he probado la sangre y sabe a diablo.

Entonces dijo Conejo:

—Allí tienes al Hombre, también en un palco con aire acondicionado.

A Pulga le pareció bien aquella sugerencia y dando grandes saltos, de gradería en gradería, se metió en el palco del Hombre, pues de todas las sangres, era la de este la que más le gustaba.

A muchos gustos pocas satisfacciones.

La protesta del Oso Hormiguero

Oso Hormiguero se quejó ante el organizador porque Guacharaca y su marido, que vivían en el techo de su casa, discutían día y noche, sin dejarle dormir.

—¡Ya me tienen los nervios rotos!

Y no le faltaba razón a Oso Hormiguero, pues vivía bajo la amenaza de que le cayera encima el techo.

Guacharaca, con voz destemplada, escandalizaba:

—¡Se cae la casa! ¡Se cae la casa!

A lo que el marido le respondía:

—¡No se cae! ¡No se cae!

Ante semejante sonsonete, Oso Hormiguero salía a media noche con su bata de dormir y una vela encendida para protestar:

—¡Pónganse de acuerdo y que se caiga la casa si se quiere caer!

Ni mucho que le sobre ni poco que le falte.

La higiene de Tía Zorra

A la puerta del coliseo, Tía Zorra, en un libro voluminoso, apuntaba a cuanto animal veía con plumas. Mientras tanto se alimentaba con frutas y luego se lavaba los dientes. Al verla en estos menesteres, Tía Comadreja le preguntó:

—¿Por qué te lavas tanto los dientes?

Zorra le respondió con indiferencia:

—El jugo de las frutas puede dañármelos.

Comadreja, que no era tan zorra como su vecina, le dijo rechinando los dientes:

—Yo también tengo dentera viendo a tantos pichoncitos juntos.

Avergonzada Zorra porque advirtió que su vecina había adivinado sus propósitos, alisándose la cola le respondió fingiendo despreocupación:

—Pues tendrá para mucho tiempo con su dentera porque estamos en tregua de paz.

Al mal tiempo buena cara.

Tío Conejo abre el debate

Como lo había pronosticado Rana, la astrónoma, a las seis en punto de la noche salió la luna llena en el cielo de Tamalameque. El estadio estaba colmado. Los delegados del país y los extranjeros vestían de gala. Luciérnaga y Cocuyo enfocaban sus baterías sobre los invitados más destacados: León, el Rey Africano; Tigre, el Príncipe de Bengala; El Embajador Oso Polar y otros extranjeros que, como Hipopótamo, Cebra, Canguro, Avestruz y Gorila, habían llegado como simples turistas.

Conejo, vestido de frac, presidía la sesión. A su lado, Tigre, envidioso, lo miraba con recelo, ostentando en el pecho una banda que decía: «Candidato a la Presidencia».

Cerca de él, Zorra tenía otro que decía: «Candidata a la Secretaría General». Pero sus ambiciones se frustraron porque toda la Asamblea, en reconocimiento a sus servicios, eligió Presidente a Tío Conejo.



Cuando Tigre se enteró de que sus pretensiones habían sido negadas, contó a Zorra:

—En cuanto se disuelva la Asamblea y acabe la tregua de paz, verá Tío Conejo quién es el Presidente efectivo.

Y Zorra, zalamera, le adulaba:

—Tú siempre has sido el Rey y Conejo ha inventado este cuento de la Asamblea sólo para destronarte.

Con sus orejas largas, Conejo escuchó lo que tramaban contra él, pero se hizo el desentendido. En ese instante entró el Hombre. De repente se silenciaron los gritos y un frío recorrió todo el coliseo. Los animales se miraban entre sí nerviosos y de reojo no le quitaban la vista. Despreocupado y totalmente desnudo, el Hombre avanzó hasta la mesa directiva donde le habían reservado un puesto y desde allí saludó a los delegados. Sólo Perro respondió a su saludo, meneando la cola. Y los animales, en voz baja, se decían:

—¡Ese infeliz Perro, siempre con alma de esclavo!

Tío Conejo, para salir de aquel momento embarazoso, tocó la campanilla y dijo con voz solemne:

—Queda abierta la Asamblea. Los oradores tomarán la palabra en el más riguroso orden de inscripción.

No te confíes de los poderosos.

La muerte burlona

El primero en hablar fue Tío Ñeque. Así se expresó ante la honorable Asamblea:

—Si es cierto que el Hombre es el más cruel de todos los animales, justo es que reconozcamos que su crueldad no es tanta como la de la Muerte, sin la cual ni el mismo Hombre pudiera privarnos de la vida. Voy a contarles —dijo— cómo la Muerte se burló de Tía Guartinaja. Se encontraba esta barriendo y arreglando su casa, cuando se le presentó de repente la Muerte, la saludó y le dijo:

—Buenos días, Guartinaja, vengo por ti.

La pobre soltó la escoba y casi que muere del susto. Luego, tartamudeando le respondió:

—Pero, ¿quiere llevarme así tan de repente? ¿Por qué no me da unos diítas de espera? Usted sabe que tengo muchos compromisos y no quiero morirme sin arreglarlos.

—Bien, señora —accedió la Muerte—, vendré por ti dentro de seis días, el sábado entrante —y diciendo esto la esqueletuda se alejó con su garabato a cuestas.

Desde aquel momento, Guartinaja sólo estuvo pensando en la manera de escapar de tan enojoso visitante. Pasaron el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, sin hallar el modo de hacerlo. Sólo el viernes en la noche se le ocurrió una idea y la puso en práctica inmediatamente: irse a esconder en la cueva de su comadre Tortuga que vivía en un socavón. Así fue, tomó su mochila y guardó en ella provisiones de panela, queso y tabaco. Cuando el sol despuntó en la mañana del sábado, ya iba Guartinaja muy lejos de su casa. Se había introducido por la entrada del socavón y seguía bajo tierra derechito a donde su comadre Tortuga y, con gran

zozobra, temiendo que la muerte la persiguiera, tocó a la puerta con urgencia:

—Ábrame, comadre, soy yo, Guartinaja, que vengo a visitarla y a traerle regalitos a mis ahijados.

Mucho se alegró Tortuga de oír a su comadre, a quien no veía desde hacía mucho tiempo, pero sin abrirle la puerta, le comunicó ansiosa:

—Mire lo que son las cosas, comadre, venir usted a visitarme precisamente hoy cuando no puedo recibirla.

—¿Cómo es posible? —escandalizó Guartinaja.

—Ábreme por amor de Dios que vengo en apuros.

Al escuchar sus ruegos, Tortuga se vio obligada a quitar la tranca de la puerta en contra de su voluntad. Y cuál sería la sorpresa de Guartinaja cuando encontró sentada a la Muerte, cruzadas las canillas, espulgándose los dientes y listo el garabato con que arrastraba a sus víctimas.

—¿Usted por aquí, señora? —pregunto asombrada y temblorosa la Guartinaja.

—¡Ya verá! —respondió la Muerte—. Como sabía que hoy sábado vendría usted a visitar a su comadre Tortuga, me vine a esperarla acá para ahorrarme la caminata hasta su casa.

Tío Ñeque terminó su discurso diciendo:

—La Muerte no sólo nos mata sino que se burla de nosotros.

De la muerte nadie escapa.

TÍA HORMIGA CONDENA LA PEREZA

TOCÓ EL TURNO a la Hormiga y dijo:

Hay algo peor que la muerte: la pereza. Voy a contarles lo que ocurrió a Tío Perezoso, a quien también llaman «Pericoligero», precisamente por su lentitud para hacer las cosas. Se dice que fue él quien inventó la holgazanería. Como ustedes saben, se alimentaba solamente de retoños de árboles, que es lo que más sobra en el bosque. Y a pesar de que abundaba su comida, el holgazán se moría de hambre porque tenía pereza de subir a lo alto de las ramas. Antes que hacer el más pequeño esfuerzo, resolvió morirse y pidió a sus amigos Ardilla y Castor que lo enterraran vivo. A la primera para que le hiciera el ataúd de madera y al segundo para que cubriera su sepultura con barro. Sintieron estos tanto dolor al verlo flaco y hambriento que por ahorrarle una muerte lenta aceptaron hacerle el favor que les pedía.

—Te enterraremos con pena en el alma —le respondieron, e inmediatamente tumbaron un árbol, serrucharon tablas y le construyeron el ataúd. Buscaron a Chicharra y a la mujer de Grillo, que sabían llorar a gritos, y salieron con el moribundo a1 hombro. Formaron tanta bulla con sus llantos que escandalizada salí a ver lo que sucedía —explicó Hormiga— y les pregunté:

—¿A quién entierran? ¡No sabía que hubiera muerto alguien!

—Nadie ha muerto —me respondió Ardilla—, enterramos vivo a Pericoligero.

—¿Y por qué tanta desgracia?

Los enterradores respondieron en coro:

—Este pobrecito, aunque usted no lo crea, nada tiene que comer.

—¡Virgen Santa! —exclamó Hormiga compadecida—, no vayan a cometer ese crimen. Yo les daré un poco de arroz del que tengo

almacenado. Suspendan el entierro:

Y entonces sucedió lo increíble. Pericoligero levantó la tapa del cajón que todavía no habían clavado y me preguntó:

—¿Y el arroz está descascarado?

—No, no lo está —le respondí—. Lo único que tienes que hacer es descascararlo.

El muy haragán bostezó, se hundió en el cajón y dijo a los amigos que lo llevaban en hombros:

—¡Pues que siga el entierro!

Hormiga pidió a la Asamblea:

—Por eso quiero que se condene la pereza, nuestro peor enemigo.

Su solicitud fue acogida con aclamaciones.

La pereza es la madre de muchas desgracias.

TÍO TIGRE PROTESTA POR EL ENGAÑO

ESCONDIENDO sus colmillos y ocultando sus garras, aparentando ser el más ingenuo de los animales, Tío Tigre habló así a los delegados:

—Peor que el Hombre, peor que la Muerte y peor que la pereza, es el engaño. Voy a contarles lo que me sucedió con Conejo, que hoy ha sido elegido aquí como príncipe de la honradez. Venía yo de mi roza con un racimo de hermosos plátanos y esperaba alimentar con ellos a mis hijitos, cuando en mitad del camino encontré a Conejo muerto. Al verlo allí tendido, me dije: «Pobre Conejo, ha muerto. Si yo no fuera cargado con este racimo de plátanos, me lo comería». Y seguí mi camino, pero la verdad era que Conejo estaba vivito y coleando. En cuanto vio que me alejé se levantó, saltó al monte y más adelante volvió a fingirse cadáver. No tardé en encontrarlo nuevamente y me dije: «Otro Conejo muerto. ¡Caray! De adivinarlo, no habría traído estos plátanos desde tan lejos y me hubiera dado un buen plato de revoltillo de Conejo. Pero no vale la pena llevarme a este cuando dejé al otro atrás». Y seguí mi camino. No bien me alejé, cuando Conejo volviose al monte y se me adelantó para fingirse otra vez difunto. Al verlo tendido exclamé: «Por lo visto hay peste de Conejo. Uno habría sido muy poco. Dos un poco mejor. Pero con tres ya hay un banquete para mí y mis hijos». Y diciendo esto abandoné el racimo de plátanos, que tanto trabajo me había costado cargar, y fui a buscar a los dos conejos muertos que había visto atrás. Desde luego que por mucho que busqué no hallé ninguno y cuando, cansado, regresé al lugar donde había dejado a Conejo muerto, sólo encontré las conchas que había dejado de mis plátanos. Pido condena para Conejo que en esta forma se burla de los animales honrados.

Su acusación fue recibida con asombro por los delegados, pues todos conocían los crímenes de Tigre.

Más vale pájaro en mano que ciento volando.

ABUSO DE HOSPITALIDAD

—VENGO a quejarme del abuso de Tía Langosta y de su numerosa familia. Tío Venado estaba tan enflaquecido que apenas podía sostener sus cuernos en la cabeza. Se levantó como pudo y pidió la palabra:

Tenía yo mi huerta en la serranía muy bien cuidada y llena de frutas, cuando bajé un día al desierto y encontré a Langosta que se moría de hambre y de sed. Al verla en aquel lamentable estado, le pregunté:

—¿Qué te sucede, Tía Langosta, por qué estás moribunda?

—Muero de hambre porque aquí en el desierto no hay ni siquiera una ramita verde qué comer.

Compadecido de su desgracia, le dije:

—Te invito a mi casa, allá en la serranía. Tengo árboles que están cargados de frutas y muy cerca de ella corre un río. Podrás hartarte hasta cuando venga el invierno y renazcan las plantas del desierto.



—Muchas gracias, eres muy bondadoso, Tío Venado —me dijo—; esta misma noche voy a darte esa molestia.

—Efectivamente, por la noche, mientras yo dormía, se presentó a mi casa con toda su familia y se comieron mis frutos con tanta glotonería y desconsideración que acabaron hasta con las hojas de los árboles. En la mañana, al levantarme, cuál no sería mi sorpresa cuando encontré que la huerta había desaparecido y que los árboles habían quedado pelados como en el desierto.

—Al escuchar aquel relato, la Asamblea condenó el abuso de hospitalidad de Tía Langosta.

No abusar de la bondad del prójimo.

Los huérfanos claman justicia

A la Asamblea se presentaron de luto los hijos de Cucaracha, Gallina, Zorra, Perro, Tigre y Marimonda, acusando al Conejo de haberlos dejado huérfanos.

Los delegados pusieron mucha atención a los lamentos de los pequeños y Lechuza relató el suceso de la siguiente manera:

—Cucaracha se presentó a casa de Tío Conejo Zapatero para que le hiciera un par de babuchas para el Sábado de Gloria.

—Bien —le dijo Conejo—, págame adelantado y regresa el sábado muy temprano, que para ese día tendrás tus babuchas.

—En la misma forma se presentaron Gallina, Zorra, Perro, Tigre, el Hombre y Marimonda, para quienes Conejo tuvo la misma respuesta. A Marimonda, buena trepadora de árbol, Conejo le dijo que el Sábado de Gloria llegara muy temprano, y, efectivamente, muy de madrugada estaba allí la Mona solicitando sus zapatos.

—No los he terminado todavía, pero no me demoro. Mientras tanto súbete a ese árbol de mamón y avísame cuando vengan los otros clientes.

—Muy complacida, Marimonda se subió al árbol y desde allí gritó a Conejo, en cuanto vio que se acercaba alguien:

—¡Allí viene una!

—¿Cómo es? —preguntó Conejo.

—Es una señora aplastada como una chancleta, que se arrastra por el suelo —explicó Marimonda.

—Déjala venir —dijo Conejo—, esta es Cucaracha.

—Llegó esta y reclamó sus babuchas.

—Mira, ya las tengo casi listas, espérate un momento.

—Al instante, desde lo alto, gritó Marimonda:

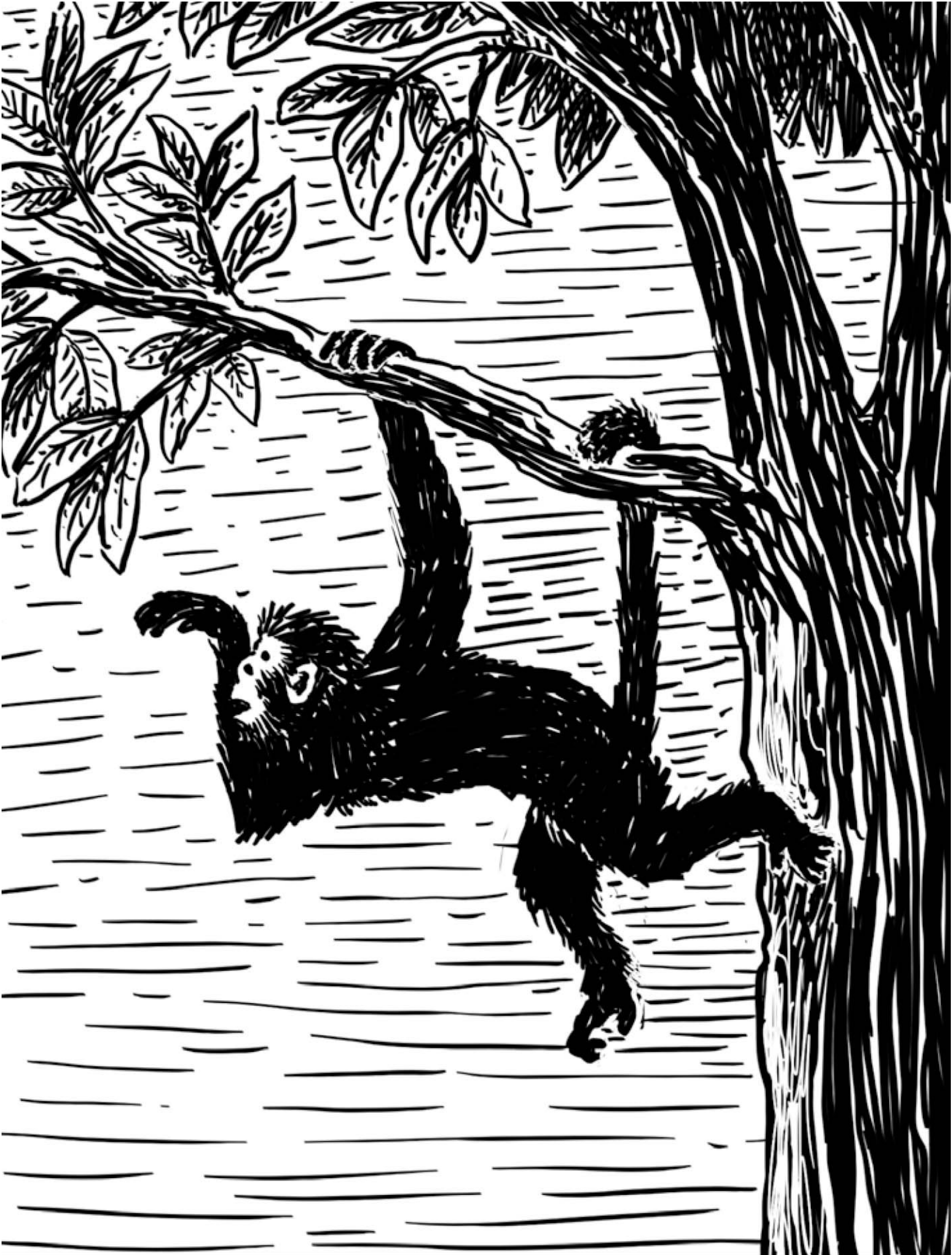
—¡Ahí viene otra!

—¿Cómo es? —preguntó el zapatero.

—Es una señora copetona, con pintas negras y blancas, que viene cacareando.

—Déjala venir, esa es Gallina.

—¿Gallina por aquí? —gritó Cucaracha—.



Esa es mi enemiga. ¿Dónde me escondo para que no me vea?

Conejo le aconsejó:

—Métete ahí, bajo esa batea.

Al llegar Gallina, Conejo le dijo:

—Espérate un momento, pronto terminaré.

No se había sentado todavía cuando gritó Marimonda:

—¡Ahí viene otra!

—¿Cómo es? —preguntó Conejo.

—Es una señora que trae el rabo levantado y mira por todas partes.

—Es Tía Zorra —exclamó el zapatero.

—¿Zorra por aquí? Esa es mi enemiga. ¿Dónde me escondo? —preguntó asustada la Gallina.

—Mira, métete debajo de esa batea —le indicó el Conejo.

Y en cuanto Gallina destapó la batea, encontró allí a Cucaracha y de un picotazo se la comió.

Cuando Perro llegó se comió a Zorra; Tigre a Perro. Y, por último, cuando llegó el Hombre, Conejo le dijo:

—Mira, te haré los zapatos gratis si me matas de un tiro a Marimonda que está allí encaramada burlándose de todos los que llegan.

Y el Hombre de un disparo de su escopeta mató a la mona. Pero cuando volvió por sus zapatos, el Hombre encontró que el zapatero había huido con su dinero.

Los huérfanos reclamaban de Conejo aquellas muertes y el dinero que había cobrado por los zapatos y que no había entregado.

La Asamblea se compadeció de los huérfanos y les prometió hacer justicia.

Podrás engañar a todos por separado, pero no a todos a la vez.

Las orejas largas de Tío Conejo

Tío Conejo se levantó para defenderse de las acusaciones y dijo:

—Todos en esta vida tenemos que sufrir y yo no he sido la excepción. Oigan lo que me pasó por ambicioso: Lechuza, la Secretaria, puso gran atención a lo que decía el Presidente de la Asamblea y escribió con letra menuda en el Acta:

Un día Conejo se presentó a Dios y le reclamó:

—Para el alma grande que me ha dado, este cuerpo tan pequeño que me puso me queda muy estrecho. Hágame un poco más grandecito.

Papá Dios se rascó la cabeza y luego respondió:

—Si me pruebas que tienes mucho talento, te haré crecer un poco.

—Estoy dispuesto a probárselo —exclamó Conejo jactancioso.

—Bien —le dijo Dios—, tráeme las siguientes cosas y probarás con ello que eres muy inteligente: la pluma mayor de Gallinazo, las lágrimas de Tía Tigre, la uña de Tía Danta y a Tía Avispa sin que te pique.

—No faltaba más —gritó Conejo—. Antes de que caiga el sol estaré aquí de vuelta con todas esas cosas que me pide.

Conejo se fue derecho al campo y se hizo el muerto. No tardó en llegar Gallinazo y creyéndolo difunto se le acercó para comérselo. Cuando estiró el pico, ¡pau!, Conejo le arrancó la pluma mayor del ala.

—Ya tengo una —se dijo Conejo.

Pensando en las lágrimas de Tía Tigre, se acercó a la casa de esta y llorando le contó:

—Vengo a darte el pésame, Tía Tigre.

—¿Pésame por qué? —preguntó ella alarmada.

—¿No sabías que a Tío Tigre lo acaban de matar?

—¡No me digas eso, Conejo! —prorrumpió la que se sentía viuda, y se puso a llorar.

Fingiendo compasión, Conejo sacó un frasquito y, mientras recogía en él las lágrimas de Tía Tigre, la compadecía dándole golpecitos en la espalda:

—Esas lágrimas son muy valiosas y no se pueden dejar perder.

Y en el frasquito las recogió una a una.

No bien se alejó la pobre Tigre, dando alaridos, cuando Conejo se dispuso a encontrar la tercera cosa que le había pedido Papá Dios: las uñas de Tía Danta. Sabedor de que ella era muy amiga de cortar leña de un duro guayacán, desprendió varias astillas con su hacha y en cuanto vio que se acercaba Danta, escondió la herramienta y le dijo:

—Mira Tía, a que no sacas de este guayacán tanta leña con las uñas como lo he hecho yo con las mías.

—Conejo, ¡no me digas que has podido cortar esa leña con las uñas! —respondió asombrada.

—Como lo ves, Tía.

—Pues bien, si tú lo has hecho, también lo intentaré yo —y Danta con gran fuerza dio un punetazo contra el árbol, pero en vez de arrancar astillas se le partió una uña.

—Pobre Tía —exclamó Conejo, fingiendo dolor—, se te ha arrancado. Voy a guardarla de recuerdo.

Tía Danta tomó por un camino cojeando y Conejo por otro, con su uña. Ahora sólo le faltaba la cuarta cosa que le había pedido Dios: capturar viva a Tía Avispa. Se fue en busca de ella y, cuando la encontró, le dijo:

—Mira, Tía Avispa, a que no te metes en este calabazo como yo meto y saco mi dedo.

—Eso es fácil, Conejo, déjame probar.

Le extendió el calabazo y Tía Avispa, zumbando, se metió en él; pero no bien hubo entrado, cuando Conejo le puso el tapón al calabazo y lleno de alegría corrió a donde Dios.

—Mire, Padrecito, aquí le traigo las cuatro cosas que me pidió.

Incrédulo, Papá Dios se puso a observar lo que le mostraba Conejo y sorprendido comprobó que le traía exactamente lo que le había solicitado.

—Bien, ¡te haré más grande! —exclamó.

Conejo comenzó a saltar de alegría.

—Ven acá, Conejo —le dijo Papá Dios.

En cuanto lo tuvo en sus manos le dio un jalón en ambas orejas y estas se le crecieron tan largas como las lleva. Entonces Papá Dios le dijo:

—Ahora no puedes quejarte, ya eres un grandulón.

Conejo, con lágrimas en los ojos, escuchó apesadumbrado lo que decía Papá Dios:

—Si realmente eres inteligente, debes contentarte con lo que te he dado.

Lechuza dejó escrito en el Acta que Conejo andaba desde entonces con las orejas gachas arrepentido de su ambición.

La ambición a mata al hombre.

LOS ARREPENTIMIENTOS DE TÍO BURRO

TÍO BURRO, después de alisarse las orejas y de ensayar repetidas veces la mejor de sus trompetas, llamó la atención de la Asamblea.

—He estado callado —dijo muy severo— escuchando cómo todos hablan contra el Hombre, pero no veo a nadie que se haya atrevido a condenar a Tío Tigre en esta magna Asamblea. Seguramente porque está aquí presente, nadie se atreve a levantar su voz en contra del tirano.

Al escuchar las palabras de Tío Burro, toda la concurrencia prorrumpió en grandes aplausos. Tía Paloma palmoteaba con las alas. Conejo saltaba de alegría.

—¡Que siga el orador! —prorrumpió entusiasmado Tío Cordero.

Zorra, que estaba cerca de Tío Tigre, le comentó en voz baja:



—Mira a Burro, dándoselas de orador cuando sólo conoce la *i* y la *a* del abecedario. Alguien le habrá escrito ese discurso.

Cerrando el hocico para que no se le vieran los colmillos, Tío Tigre le dijo al oído:

—Anda Zorra y arrebátale los lentes. Así no podrá leer el manuscrito que le ha escrito su amo el Hombre.

Se dio prisa Tía Zorra y, aprovechándose de que Tío Burro se quitó los lentes para limpiarse el sudor de la frente, con disimulo le pisó las gafas rompiéndole los vidrios. Luego, se puso a gritar:

—¡Que siga Burro con su elocuencia!

—¡Sí! ¡Sí! Que prosiga el orador —reclamaban todos los animales. Pero Tío Burro se quedó mudo, sin poder leer.

Entonces Tía Zorra pidió la palabra:

—Ya que Tío Burro no puede seguir leyendo, que muestre las cicatrices que le ha dejado la tiranía del Hombre.

—¡Sí! ¡Sí!, que las muestre —acogió Tigre relamiéndose de gusto sus bigotes.

Tío Burro bajó sus orejas sin poder continuar su discurso, pero cuando dio la espalda todos vieron la sangrienta peladura que le había dejado en el lomo la angarilla del Hombre.

—Ahora todos pueden ver quién es el verdadero tirano —dijo complacida Zorra.

No alabes a quien te oprime.

PERRO HACE LA DEFENSA DEL HOMBRE

—ES CIERTO que el Hombre es un tirano.

A la Tía Gallina le roba los huevos.

A Tío Chancho lo alimenta bien para luego comérselo.

Todos los días sacrifica a Tío Toro en el matadero.

Pesca en los mares y ríos a Tío Pez.

Arma trampas para cazar a Tío Pájaro.

Todo esto es cierto. ¿Pero quién, sino él, puede protegemos contra Tío Tigre?

Los asistentes aplaudieron a Tío Perro, mientras Tigre no sabía cómo esconder sus garras.

El hombre pide la palabra

—Es cierto que vivo a expensas de otros animales. ¿Pero quién de los aquí presentes no se alimenta de sus víctimas? Tigre se come a Zorra. Zorra se come a Gallina. Gallina se come a Cucaracha. Cucaracha se come a Gorgojo, y Gorgojo se come a Maíz.

Todos pues, grandes o chiquitos, tenemos a quien comernos.

Lo grave de la cuestión no está en quién se come a quién, sino en quién mata por comer y quién mata por placer. Todos me acusan:

Tía Vaca, que le ordeño su leche.

Tío Caballo porque lo monto y enjaezo.

Tío Perro porque lo esclavizo.

Tía Babilla, que la despellejo.

Tía Culebra, que le corto la cabeza.

Tía Gallina y Tía Iguana porque les robo los huevos.

Tío Toro porque lo llevo al matadero.

Pero nadie ha dicho que yo soy el único que siembra y sin plantas ni frutos todos moriríamos.

Tío Buey miró a Tía Oveja, Tía Oveja miró a Tía Gallina, Tía Gallina miró a Tía Vaca, Tía Vaca miró a Tío Caballo, Tío Caballo miró a Tío Pájaro, Tío Pájaro miró a Tío Gorgojo.

Y todos comprendieron que el Hombre tenía razón: por cada animal que se comía sembraba millones de semillas, de las cuales nacían las plantas, la yerba, los granos y los frutos de los cuales se alimentaban.

Nadie mira su propio rabo.

LA PRUEBA DE LA GRAN JAULA DE ACERO

ANTES DE que se levantara la Asamblea, Tío Conejo, su presidente, invitó a los delegados a que probaran sus fuerzas. Tía Danta hizo conducir al centro del gran estadio la gran jaula de acero que le había encargado Conejo. Al verla entrar, todos los asistentes se quedaron asombrados al comprobar lo bien forjada que estaba.

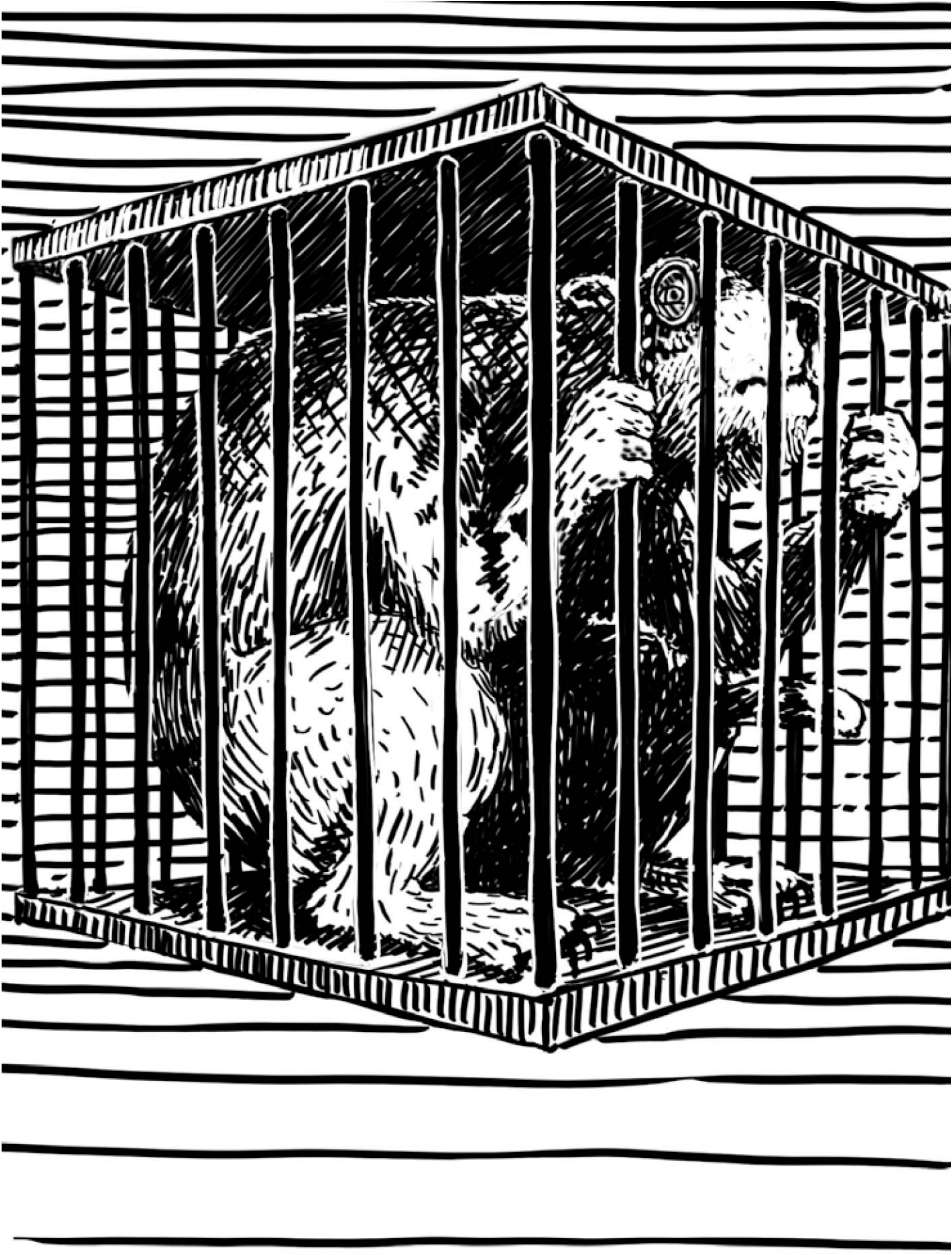
—¿Quién prueba tanta fuerza como para romperla? —invitó Conejo.

De inmediato, Mosquito que era muy zumbón, gritó:

—¡Yo!

Todos se echaron a reír, pero Mosquito se metió en ella y muy tranquilo volvió a salirse por una de sus hendiduras.

—Ya ven —exclamó—, soy tan fuerte que no hay barra de acero que pueda detenerme.



Todos aplaudieron la gracia de Mosquito.

—Yo la rompo —dijo Zorra.

—¡Prueba tu fuerza! —invitó Conejo.

Zorra se acercó a la jaula, dio varias vueltas a su alrededor y luego dijo:

—Para romperla necesito las pinzas de Tío Cangrejo. ¡Que me las preste!

El tuerto Cangrejo, le respondió en seguida:

—¡Ya perdí un ojo y no voy a perder mis muelas!

A lo que argumentó Zorra:

—Ya ven ustedes, si me las hubiera prestado, habría hecho pedazos la jaula.

Y entonces rugió Tigre, sacudiendo sus potentes garras:

—¡Yo la destruiré a zarpazos!

—Entra en ella, pues —lo retó Conejo.

De un salto, Tigre se metió en la jaula e inmediatamente Conejo le pasó el cerrojo. Por mucho que quiso Tigre doblar las barras de acero, sólo consiguió romperse las garras. Avergonzado y entristecido, dijo a Conejo:

—Me doy por vencido. ¡Sácame de aquí!

Conejo, en vez de abrirle la puerta, le pasó otro cerrojo y se dirigió a los delegados:

—Ya ha terminado la Asamblea y todos estamos de acuerdo en que no haya más guerra.

—¡Sí, queremos la paz! —gritaron todos en coro.

—Si queremos paz debemos dejar enjaulado a Tigre, que ha jurado comernos a todos en cuanto termine la reunión.

Al escuchar las palabras del presidente, todos acogieron su propuesta con aplausos y gritos jubilosos.

Y así, en aquella magna Asamblea de Animales, se puso de presente que los pequeños y grandes reunidos podían vivir en paz si se ponían de acuerdo en enjaular al enemigo de todos.

LIBRO AL VIENTO

15 AÑOS

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

1 Antígona
Sófocles

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla) Gabriel García Márquez*

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de Santafé y Bogotá) (2 ediciones)
José María Cordovez Moure

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
(2 ediciones) *Miguel de Cervantes*

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos

Rafael Pombo

14 LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS
Jack London

15 ¡QUÉ BONITO BAILA EL CHULO!
Cantos del Valle de Tenza *Anónimo*

16 EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 LOS VESTIDOS DEL EMPERADOR Y OTROS CUENTOS
Hans Chistian Andersen

18 ALGUNOS SONETOS
William Shakespeare

19 EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS
Tomás Carrasquilla

20 IVÁN EL IMBÉCIL
León Tolstoi

21 FÁBULAS E HISTORIAS
León Tolstoi

22 LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 POR QUÉ LEER Y ESCRIBIR
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 SIMBAD EL MARINO
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 LOS HIJOS DEL SOL

Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poemas colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstoi

37 Cuentos latinoamericanos III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique

38 Cuentos Latinoamericanos IV
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 Poesía para niños
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente

41 Cuentos latinoamericanos v
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 Tengo miedo
Ivar da Coll

43 Cuento de Navidad
Charles Dickens

44 Mitos de creación (2 ediciones)
Selección de Julio Paredes C.

45 De paso por Bogotá
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo xix

46 Misa de gallo y otros cuentos
Joaquim Maria Machado de Assis

47 Alicia para niños
Lewis Carrol

48 Juanito y los fríjoles mágicos
Cuento tradicional inglés

49 Cuentos para releer
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 Cartas de la persistencia
Selección de María Ospina Pizano

51 Rizos de oro y los tres osos
Traducción de Julio Paredes

52 El corazón de las tinieblas
Joseph Conrad

53 Cuentos
Saki

54 Cinco relatos insólitos
H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la Barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística *San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León*

59 Por la sabana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante
Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 VIVA LA POLA (2 ediciones)
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 SOY CALDAS (2 ediciones)
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 RELATOS EN MOVIMIENTO
Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 HISTORIAS DE MUJERES
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 EL PARAÍSO DE LOS GATOS
Émile Zola

69 CARTILLA MORAL
Alfonso Reyes

70 TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera

71 PÜTCHI BIYÁ UAI. PRECURSORES
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia I *Miguel Rocha Vivas* (2 ediciones)

72 PÜTCHI BIYÁ UAI. PUNTOS APARTE
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia II *Miguel Rocha Vivas* (2 ediciones)

73 GLOSARIO PARA LA INDEPENDENCIA (2 ediciones)
Palabras que nos cambiaron

74 LA HISTORIA DE RASSELAS, PRÍNCIPE DE ABISSINIA
Sammuel Johnson

75 ANACONDA Y OTROS CUENTOS

Horacio Quiroga

76 El fútbol se lee

Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 Escribir en Bogotá

Juan Gustavo Cobo Borda

78 El primer amor

Iván Turguéniev

79 Memorias palenqueras y raizales (2 ediciones)

Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 Rufino José Cuervo

Una biografía léxica

81 Algunos espectros orientales

Lafcadio Hearn

82 Los oficios del parque

Crónicas

Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 Calidez aislada

Camilo Aguirre

Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 Ficções. Ficciones desde Brasil

Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca,

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)

Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada

Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández bef, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 Poesía satírica y burlesca

Francisco de Quevedo

99 Diez cuentos peruanos

Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama

Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá

Pedro María Ibáñez

102 De mis libros

Álvaro Mutis

103 Carmilla

Sheridan Le Fanu

Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas

Guillaume Apollinaire

Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine

Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
Esteban Echeverría

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
Horacio Walpole

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de Iriarte
Tomás de Iriarte

116 Once poetas holandeses
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos
Ximénez

118 Bogotá contada 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco,

Teófilo Braga

140 FÁBULAS DE TAMALAMEQUE
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng



FÁBULAS DE TAMALAMEQUE
DE MANUEL ZAPATA OLIVELLA
FUE EDITADO POR EL INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES
PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO,
BAJO EL NÚMERO CIENTO CUARENTA,
Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE JULIO
DEL AÑO 2019 EN BOGOTÁ.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.



«Estas fábulas, además de constituir un deleite espiritual y un emocionante recorrido por el universo de la ficción, representan para los niños una buena y agradable manera de aprender a vivir».

José Luis Díaz-Granados

Para pequeños lectores

LIBRO AL VIENTO INICIAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.



«—¿Estarías de acuerdo en que convoquemos una Asamblea de todos los animales para que acordemos la paz?
Pensando en el gran banquete que se daría teniendo reunidos a todos los animales [...], Tigre respondió:
—¡Claro! ¡Yo seré el Presidente!».

Manuel Zapata Olivella





Alcaldía de Bogotá